

## QUÉ SOMOS Y CUAL ES NUESTRA TAREA

POR

JUAN VALLET DE GOYTISOLO.

Al concluir nuestra XV Reunión de amigos de la Ciudad Católica, inmediata ya la aparición del número 150 de Verbo, parece que es momento oportuno para repensar *lo que somos y cuál es la tarea que hemos asumido como nuestra*. Este repensar, en voz alta, puede servir a fin de que puedan completar el diseño de esta acción cultural, en la que les invitamos a colaborar, todos aquellos que por primera vez asisten a una de nuestras reuniones y apenas han tomado aún contacto con la labor que tratamos de realizar.

### I. QUÉ SOMOS.

#### 1. Por nuestra fe.

Somos, ante todo y sobre todo, católicos, apostólicos y romanos.

Creemos, por tanto, en un solo Dios personal, uno y trino, tres personas en una sola sustancia; y rechazamos toda concepción panteísta en la que Dios se confunda con el Cosmos en evolución, o en la que éste ocupe su lugar, o en que prometeicamente la Humanidad tome el puesto central.

Creemos en Dios, Padre, creador y señor del cielo y de la tierra, y, por ello, creemos en su Divina Providencia que ha trazado su orden en el universo, e inscrito en él sus leyes naturales; y no podemos admitir que haya quedado lejano, distante, ausente, ni que haya delegado totalmente en el hombre la tarea de acabarlo conforme nuestras propias ideas, ni la de fabricar —como nuevo De-

miurgo— un mundo nuevo y un hombre nuevo, productos de nuestra ciencia, o de la lucha dialéctica.

Creemos en Dios Hijo, engendrado y no creado, que se hizo hombre por obra y gracia del Espíritu Santo —Amor del Padre y del Hijo—, nacido de María Virgen —Madre Divina, concebida sin mancha de pecado original, que decimos Inmaculada porque Dios puso en ella sus complacencias desde el primer día de la creación—; en Cristo Jesús, que fue crucificado, muerto y sepultado, para redimirnos de nuestros pecados; que nos dejó su mandato de amor; que, por su propio poder, resucitó entre los muertos para abrirnos las puertas del cielo, y que ha de venir, el último día, a juzgar a los vivos y a los muertos. No creemos, pues, en un Cristo Omega de la Evolución, ni en una encarnación en la masa para operar el cambio de estructuras, ni en el mito de un Cristo líder político y revolucionario, ¡un Cristo guerrillero que activaría dialécticamente la lucha de clases hasta traer —con denuncias, “contestaciones” y subversiones— el paraíso a esta tierra!

Creemos en el Espíritu Santo, al que pedimos luz que nos ayude a contemplar la Verdad y aliento para saber difundirla.

Creemos, con todas sus consecuencias ..., —a pesar del humo de Satanás que, a veces, nos la enmascara u oculta— en nuestra Madre la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, en cuya fe se forjó España en cruzada de reconquista y se expandió por el mundo en obra misionera, en una unidad religiosa que ha sido nuestro mayor bien durante varios siglos.

Creemos en la comunión de los santos.

Creemos en el perdón de nuestros pecados, que humildemente confesamos, cada uno personalmente; creemos en la resurrección de la carne y en la vida perdurable; que —con ayuda de la gracia que Dios sobreañadió a nuestra naturaleza sin alterarla, y con la mediación de su Madre Santa María— debemos ganar en esta tierra, en la que sólo somos peregrinos en tránsito. Creencia de que no queremos *desalienarnos*, para no perder nuestra mejor esperanza, sabiendo que sin ella inmediatamente nos *alienaríamos* a las cosas de este mundo, en pos de una falsa redención acá abajo, tantas veces prometida y que nunca llegará por ese camino equivocado.

## 2. Por nuestra específica labor de "caridad política".

Tomamos como punto de partida la meditación del *principio y fundamento* de los ejercicios de San Ignacio de Loyola.

"El hombre es creado para alabar, honrar y servir a Dios, Nuestro Señor, y por este medio salvar su alma. Y las otras cosas que existen sobre la tierra han sido creadas a causa del hombre y para ayudarle en la consecución del fin que le fue señalado por Dios al crearlo. De donde se sigue que debe usar de ellas en tanto le conduzcan a su fin y apartarse de ellas en tanto le aparten".

Por eso, todo lo debemos ordenar a dicho fin, usando de las cosas *en tanto nos conduzcan, mas no en tanto nos aparten*, de él.

La religión no está ordenada primariamente al logro, aquí, de un mundo mejor, sino a la mayor honra y servicio de Dios.

Recordemos las palabras de Jesús: "*buscad primero el reino de Dios, y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura*" (Mateo, VI, 33).

Pero, haciéndolo así todos, cada uno en nuestra misión y en nuestra función, lograríamos que también nuestro mundo fuese mejor, con el buen uso de nuestra libertad, en justicia y caridad.

Y he ahí nuestra tarea: una tarea que decimos de *caridad política*. La expresión no es nuestra. Podemos hallarla ya, y debemos meditarla, releyendo en el Mensaje que Pío XI dirigió en diciembre de 1927 a la Federación Universitaria Italiana, cuando refiriéndose a los jóvenes que, "*después de haberse entregado a estudios sobre este tema [el tema de «la política como deber» —recordemos que éste es el título de un artículo, publicado en «Acción Española», de nuestro amigo Eugenio Vegas Latapie—, llegan a establecer ellos mismos las bases de la buena, de la verdadera, de la gran política*", explicó: "*Obrando así comprenderán y realizarán uno de los más grandes deberes cristianos, pues cuanto más vasto e importante es el campo en el cual se puede trabajar, más imperioso es el deber. Y tal es el terreno de la política que mira los intereses de toda la sociedad entera, y que a este respecto es el campo de la más vasta caridad, de la caridad política, del que se puede decir que ningún*

*otro le es superior, salvo el de la Religión. Bajo este aspecto es como los católicos y la Iglesia deben considerar la política*".

Esa *caridad política* debe comenzar, sin duda, por el prójimo más próximo, en el espacio y en el tiempo. Es decir, en nuestra patria y con nuestros compatriotas actuales, colaborando en la defensa de ese "bien común" temporal que tan mal es comprendido hoy. Tarea para la cual —como ha recordado Jean Ousset en la clausura del Congreso de Lausanne de este mismo año—, es preciso suscitar y formar unos cuadros políticos y sociales de hombres, suficientemente numerosos, ¡que sean eficaces!; y es imprescindible utilizar todos los medios naturales que sean necesarios para lograr el éxito en esa labor. Como él mismo nos recordó, a este efecto, "incluso en las acciones que han presentado un más marcado sello de intervención divina, como por ejemplo las de Santa Juana de Arco, maravilla la sabiduría, la prudencia, la habilidad con que han sido realizadas en el mero aspecto buena y sencillamente NATURAL".

Precisamente Pío XII, en su discurso conmemorativo de la *Rerum Novarum* de 1 de junio de 1941, decía: "No os dejéis inducir a error por los fabricantes de teorías falsas o malsanas, tristes corrientes que conducen no al acrecentamiento, sino a la degradación de la vida religiosa; teorías que pretenden que, perteneciendo la redención al orden de la gracia sobrenatural y siendo, por tanto, exclusiva de Dios, no necesita de nuestra cooperación en este mundo (...). Como si el primer efecto de la gracia no fuese el de sostener nuestros esfuerzos sinceros para cumplir cada día los mandamientos de Dios, como individuos y como miembros de la sociedad. ¡Cómo si después de dos mil años no viviese y no perseverase en el alma de la Iglesia el sentimiento de la responsabilidad colectiva de todos para todos, ese sentimiento que ha empujado y empuja todavía las almas al heroísmo caritativo de los monjes agricultores, de los libertadores de esclavos, de los que cuidan a enfermos, de los mensajeros de la fe, de la civilización y de la ciencia, a todas las generaciones y a todos los pueblos, *con vistas a crear condiciones sociales capaces de hacer posible y fácil a todos una vida digna de hombre y de cristiano*".

### 3. Por nuestras convicciones naturales.

Nuestras convicciones están fundadas en la *filosofía del sentido común*, la filosofía perenne de Santo Tomás de Aquino, en la metafísica que sitúa al hombre en el orden de la naturaleza: en su relación con Dios, con el mundo que le rodea y con sus semejantes.

a) Sabemos que dimanamos de Dios y que estamos integrados de cuerpo —materia— y de alma —espíritu inmortal—. Esta consideración nos aleja tanto de un *angelismo* desencarnado como de cualquier *materialismo*, sea éste un hedonismo individualista o un tipo u otro de colectivismo, o socialismo.

En el orden de la creación, el hombre —salido de las manos de Dios y dotado de *razón* y de *libertad*— es el ser más perfecto de este mundo, tal como lo confirma el Génesis cuando refiere que Dios confirió a Adán el reinado sobre la naturaleza. Ocupamos, pues, en ella un lugar central; pero su orden nos trasciende. Dotados de libertad y de inteligencia, como animales racionales, somos no sólo objetos de este orden sino también sujetos, en función de causas segundas de su causa primera, es decir, de Dios con su Providencia. Por eso, nuestra libertad debe actuar de un modo conforme al orden natural, ínsito por el Creador en su obra; pues, de lo contrario, seremos causa del desorden que dentro del orden general se originará y que deberemos sufrir, pagándolo con creces —como tan reiteradamente estamos viéndolo—.

La experiencia nos muestra algo de lo que el dogma del pecado original nos da la explicación. Los hombres:

— No somos, como otrora afirmara Rousseau, seres “naturalmente buenos” aunque oprimidos por el pecado social, producto de las instituciones o estructuras opresoras, humanamente redimible por el “cambio de estructuras”, nuevo mito proclamado por los progresistas; ni estamos dotados de un “pensamiento angélico” como presupone el idealismo cartesiano.

— Pero tampoco estamos, como afirmó Lutero, tarados totalmente por el pecado original, hasta el punto de haberse deteriorado nuestra razón, dejándola impotente para conocer los primeros prin-

cipios y toda especulación metafísica, e incapacitándonos incluso para cooperar a nuestra salvación eterna con nuestras obras carentes, según él, de todo valor salvífico, aunque estimara que nuestra razón no está inhabilitada para los quehaceres prácticos, en los que nuestras obras pueden resultar inmensamente buenas para la vida presente en el terreno de la ciencia y de la economía, en una antítesis que explicitó el mismo Lutero y tan graves consecuencias prácticas ha originado.

Puesto que dependemos del Ser por el que somos, del Absoluto, de Dios, y si estamos dotados por Él de razón para participar, aunque sea imperfectamente, del dictamen de su razón divina, no sólo en el orden práctico sino también en el especulativo y, además, hemos recibido su auxilio con la Revelación, consiguientemente debemos rechazar y RECHAZAMOS:

— el *liberalismo*, en cualquiera de sus grados, tanto refugiado en un *naturalismo*, negador de la Revelación, como si no admite más guía que las palabras de ésta, pero negando el orden natural cerrándose en un mero *nominalismo*; y también circunscrito, políticamente, en un *laicismo* que relega todas las creencias religiosas a la vida privada de cada uno;

— el *immanentismo*, de nuestra razón individual o de la "razón de Estado", respecto del orden de la creación: natural o revelado;

— el *positivismo jurídico*, que niega la existencia de un *derecho natural* al que deba subordinarse todo el derecho humano, ya sea éste obra de un solo hombre —el Príncipe—, o de un grupo o de todo el pueblo; y, por ello, tanto negamos el principio *quod Principi placuit legis habet vigorem*, como rechazamos el dogma *democrático* que sitúa el fundamento de la ley en la opinión pública y su vigor en la voluntad del pueblo.

b) Sabemos que el hombre no sólo es animal *racional*, sino también *social* o *político*. Aun cuando *sustancialmente* somos hombres aún fuera de la sociedad, y aunque ontológicamente somos incomunicables, *operacionalmente* precisamos de la convivencia y necesitamos organizarnos en sociedad a fin de llevar una vida digna de nuestra condición, no sólo para atender a las necesidades bio-

lógicas sino también a las del espíritu. De ahí que la sociedad tenga por fin común el *bien común*.

Es decir, tal como explicó Santo Tomás de Aquino, la sociedad no se ordena por *comunicación genérica o específica*, sino por *comunicación de fin*, lo que excluye a la vez:

- cualquier concepción *individualista*, asocial o antisocial; y,
- toda concepción *totalitaria*, que haga del Estado un todo unívoco en el cual la persona humana se convierta en un número.

Así, el *bien común* tiene como fin intrínseco —como el Aquinense expuso en *De regimine Principum* (cap. XV)— que los componentes de la comunidad política lleven juntos “una vida buena que aisladamente no podrían conseguir”, siendo el *fin último* “vivir según la virtud”, lo cual requiere el logro de la paz, la concordia de los ciudadanos, la seguridad política y social y la tranquila convivencia en el orden; y, como *factor instrumental y secundario*, la suficiencia de bienes materiales.

Por eso rechazamos todo *materialismo* y, en concreto, el *economismo*, que olvida que, en primer lugar, la finalidad del bien común es facilitar a todos el logro de *ser* mejores y, sólo en segundo lugar, el de *tener* más bienes.

También de esta concepción dimana que las partes no deben subordinarse en todo a la comunidad, sino en lo referente al *fin común* determinante del *bien común*. Lo que implica una esfera inalienable, a la que es inherente la propiedad y la empresa privadas, que también son requeridas por el bien común, para el desenvolvimiento de la iniciativa humana, asumiendo los propios riesgos con responsabilidad personal.

Por eso rechazamos el *comunismo*, en cualquiera de sus formulaciones, impuesto por el Estado o por cualquier otro ente, y todo *socialismo*, *nacional-socialismo* o, incluso, *socialdemocracia*, que hagan del hombre un “administrado” y un “asegurado”, sin iniciativa ni más responsabilidad que la sumisión a las obligaciones impuestas por la Administración del Estado y por el Fisco.

Sabemos que la sociabilidad humana une seres desiguales en sus accidentes —hombre y mujer; ancianos, adultos y niños; etc.— aunque sean iguales en su esencia; y, por eso, rechazamos tanto el *igua-*

*litarismo uniformante*, como el *racismo* y el *clacismo*, que convierten en castas cerradas ciertos grupos humanos o excluyen a algunos que son injustamente considerados como malditos o inferiores.

Y negamos que la sociedad agrupe los hombres en un único grado y en un solo todo, formando con ellos una *masa amorfa de individuos*, pues sabemos que la sociabilidad se desarrolla ascendentemente en una *sociedad de sociedades*, naturales y escalonadas, o *cuerpos intermedios*, que el hombre, apoyado en su *instinto social* y ayudado por la *razón práctica* —no por su razón abstracta, desencarnada y utópica—, va entretejiendo y en los que se va integrando, hasta coronar la sociedad política, que viene a completar todas las demás, *sin absorberlas*.

Por eso, proclamamos la *libertad civil* de la persona individual y de la familia, en su propia esfera y el *principio de subsidiariedad*, definido en la Encíclica *Quadragesimo anno*, por Pío XI, y reiterado expresamente, por Juan XXIII, en las *Mater et Magistra* y *Pacem in terris* —que lo refirió también al ámbito internacional—: “*gravísimo principio inamovible e inmutable*”, en virtud del cual “*no es lícito*”: “*quitar a los individuos y dar a la comunidad lo que ellos pueden realizar con su propio esfuerzo e industria*”, ni “*tampoco es justo, constituyendo un grave perjuicio o perturbación del recto orden, quitar a las comunidades menores e inferiores lo que ellas pueden hacer y proporcionar y dárselo a una sociedad mayor y más elevada, ya que toda acción de la sociedad, por su propia fuerza y naturaleza, debe prestar ayuda a los miembros del cuerpo social, pero no destruirlos y absorberlos*”.

Reiteramos, pues, nuestro rechazo de todo *totalitarismo* que ponga en manos del Estado todos los poderes sociales, que confunda y absorba en el *poder político*: el *poder económico* y el *poder cultural* y, con ellos, el absoluto dominio estatal de la *economía*, de la *enseñanza* y de los *medios de comunicación*, denegando así toda participación activa y responsable a la persona individual, a la familia y demás cuerpos sociales intermedios.

“Cuando ese mismo aparato —ha escrito recientemente el Profesor Pierre Chaunu— detenta la producción, los intercambios, la fuerza coactiva del Estado, el poder de enseñar y el de informar,



solo y sin posibilidad de concurrencia, pese a todas sus buenas intenciones de las que el infierno está repleto, sea cual fuere el genio del pueblo, el navío encalla siempre en algún archipiélago de Gulag”.

El Estado ha de procurar que se mantenga la salud social o promover su recuperación, estimulando la actividad de los cuerpos sociales, con medidas profilácticas o terapéuticas si fuera preciso; pero evitando producir mutilaciones quirúrgicas sólo suplidas con medios protésicos, ortopédicos, que sustituyen el tejido biológico por aparatos mecánicos de impulsión central. Ante una enfermedad social —que debe superarse con los medios curativos precisos, y sólo en caso extremo quirúrgicamente— es misión del Estado ayudar a que el cuerpo social recupere su salud, sin sustituir su vida propia por una intervención permanente, que le suplante con una rueda de su administración.

c) Sabemos que todos los hombres somos seres *históricos*, en el sentido de que cada uno de nosotros nace, vive y muere, ocupando en el tiempo un momento dado de la historia, que descendemos genéticamente de un encadenamiento de generaciones; y que, de ellas, no sólo hemos recibido la vida biológica, sino una variadísima herencia con todo su activo y también su pasivo. Por eso, lo que se denomina “determinismo de la historia”, como nos dice el últimamente citado profesor de historia cuantitativa de la Sorbona, no es sino “fruto del uso que el hombre ha hecho de su libertad”; es, si se prefiere expresarlo así, “el juego de la herencia y de la acumulación” de los actos de nuestros antepasados, pues “nada del más pequeño de nuestros actos se pierde, nada se pierde para nosotros y para todos nuestros descendientes. Si los “padres han comido uvas verdes, los hijos han tenido los dientes picados”. Todos nosotros somos herederos, herederos destinados a transmitir la herencia”. Por eso, “el hombre nace deudor” —como dijo Maurras—. El activo recibido en depósito —sigue Chaunu— “es enorme, prodigioso, casi aplastante, para quienes tienen el fantástico privilegio de haber nacido en el siglo XX, en la parte del mundo más directamente favorecida, más inmediatamente privilegiada por el descubrimiento ocurrido una vez, en el Creciente Fértil, en los confines de los ríos, del

desierto y del Mar Mediterráneo". Ciertamente que: "aceptamos más fácilmente el activo que el pasivo"; "llegamos incluso a no percibir el activo en nuestra actitud de rechazar el pasivo" ... El profesor nos invita a que recordemos las palabras de Yahveh, al ordenar su primer mandamiento (*Exodo*, 20, 5 y 6): "Yo Yahveh, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación, respecto a quienes me odian; y, en cambio, uso la misericordia hasta la milésima, con quienes me aman y guardan mis mandamientos".

Porque estamos dotados de *libertad*, los hombres somos bastante más que un *producto de la historia*, juguetes de su movimiento y sometidos al juego dialéctico hegeliano, que produce la forzosa identidad de lo racional y lo real, o el de la dialéctica del matrimonio histórico

Por eso, rechazamos todo *determinismo histórico*, todo *historicismo immanentista* y, con él, tanto más, el *materialismo histórico*, y nos negamos a aceptar, por mucho que se repita hoy, que *el derecho deba someterse a los hechos*.

Pero tampoco nos consideramos seres *ahistóricos*, tratables jurídicamente como entes ideales y abstractos.

No. El hombre tiene una doble dimensión: de *ser histórico* pero también de *ser dotado de libertad y racionalidad*, que le permite sobreponerse a la historia y aun guiarla al precio de no desconocerla ni olvidar el orden de la naturaleza que la trasciende.

No podemos salirnos fuera de ella, ni rechazar irresponsablemente su herencia, ni tampoco detenerla, pararla y dejarla inmóvil, ni aceptar esa herencia sólo a beneficio de inventario para gozar cómoda, egoísta, perezosa y regalonamente de los privilegios con que nos favorece.

Por eso, rechazamos, a la par, tanto la *revolución* como el *conservadurismo* y proclamamos la absoluta necesidad de la *tradicción*.

Ciertamente, como hizo notar Vázquez de Mella: "El primer invento ha sido el primer progreso; y el primer progreso, al transmitirse a los demás, ha sido la primera tradición que empezaba. La tradición es el efecto del progreso; pero como lo comunica, es decir, lo conserva y lo propaga, ella misma es progreso social. El progreso

individual no llega a ser social si la tradición no lo recoge en sus brazos”.

Por eso, como han recordado Francisco Elías de Tejada, Rafael Gamba y Francisco Puy, “no existe progreso sin tradición ni hay tradición sin progreso. *Progresar* es —naturalmente— cambiar algo; y es moralmente mejorar algo. Ese «algo» es el contenido de la tradición heredada. Faltando éste, que es la materia a reformar, el progreso resultaría imposible, ya que carecería de algo sobre lo cual ejercer sus cambios y sus mejoras—. Igualmente una tradición inmutable sería una cosa muerta, arqueológica, petrificada” ... “Si los hombres no transmitieran la tradición recibida adosándole sus personales improntas, la tradición sería un cadáver ...”.

Nos decía, en Porta del Mar, nuestro llorado maestro Sciacca, que la tradición “conserva renovando y renueva conservando” y, “como tal, es por esencia, progreso, movimiento, renovación”. Y aún precisaba:

“Tanto para el conservadurismo como para la revolución, la discriminación o del porvenir o del pasado viene dada por el presente. Para el conservadurismo, el presente, que debe conservarse tal cual, discrimina el porvenir, presagio de calamidades; para la revolución el presente discrimina el pasado detestable y está cargado de las mejores renovaciones; de ellas es juez de paz y de ellas es el origen. Los dos acaban por negar el pasado o el porvenir, y con ello también el presente y además la historia”.

d) Finalmente, sentimos y sabemos que somos unos seres que *vivimos inmersos en un mundo real* del que *formamos parte activa*, influyendo parcialmente en que sea como es; pero del cual, también, no sólo nos alimentamos materialmente sino además intelectualmente.

Nuestros padres, ha dicho el profesor Marcel de Corte: “Sembrantes a árboles vigorosos, hundían sus raíces en la tierra fecunda de lo real, donde buscaban su alimento” ... “Sus raíces absorbían los jugos nutricios de la tierra. La clorofila del árbol humano bebía la luz del cielo. Un pacto tácito nupcial se había sellado entre el hombre y el universo”.

Dios creador y el orden insito en su obra, en la naturaleza, nos

*trascienden* hoy como ayer. Fuera de la Revelación directa, no tenemos más fuente de conocimiento que ese mismo universo del que formamos parte. Y, para obtenerlos, nuestra mente dispone de dos caminos:

Uno en el que captamos en la realidad de las cosas, los *primeros principios teóricos* o *especulativos*, por la facultad intelectiva auxiliada por el hábito llamado *intellectus principiorum*, que nos permite conocer el *ser* y la *verdad*, que no es sino la *adecuación de la cosa y el entendimiento*; y por el cual, partiendo de ese conocimiento de lo verdadero, también captamos (constituyendo el hábito natural de la *syndéresis*) los *primeros principios de la razón práctica* u *operativa*, que nos permiten juzgar lo *bueno* y lo *malo*.

Si fuésemos ángeles esto nos bastaría. Pero como no lo somos debemos descender hasta los *juicios prudentiales*, del singular, bien compulsados y completados por la inducción; y así, del conocimiento de *hechos* y *cosas singulares*, *ascendemos* a lo *universal* y nos elevamos *de los efectos a las causas*, enlazando con los principios teóricos y prácticos de nuestra razón.

Ambos caminos deben complementarse. Pero cuanto mayor sea la corrupción moral y mental de los hombres, más necesario será recorrer humildemente la segunda vía, ayudándonos unos a otros, para conocer dónde están la verdad y el bien, e incluso, para convertirnos.

Pero, como nuestro mundo es dinámico y la vida se desenvuelve en el tiempo, nuestro conocimiento de él sólo es alcanzado en la medida del transcurrir de la historia y gracias a la tradición, con su depósito de experiencias vivas y de juicios consecuentes. Por el testimonio de la historia, extrayendo su caudal de experiencias y relacionando efectos y causas —el *scire per causas* de Vico—, podemos comprobar cómo los hombres y las sociedades siguen a veces buenos caminos y, otras veces, toman malos derroteros con su conducta e incluso con instituciones corruptoras, que llevan a la catástrofe. Depende de que, como causas segundas, seamos fieles al orden de la creación; pues, de no serlo, pasamos por el castigo del desorden, hasta que la providencia nos hace retornar a la verdadera vía, recomenzándola desde más abajo o, incluso, desde el principio.

Así, formamos parte, como objetos pero también como sujetos, del orden de la naturaleza que progresa con nuestra *interacción* social, que nos hace participar a todos *en y de* las conquistas y realizaciones.

Negamos, pues, que sea fuente de progreso la *dialéctica*, que no es sino el efecto dimanante de un desorden por la realización que éste provoca, originándose otro desorden de signo contrario, ¡tal vez mayor ...!

Y rechazamos, también, la perspectiva moderna que, desde Descartes, ha escindido nuestra visión del universo, al separar:

— de una parte, la *res cogitans*, el mundo del pensamiento sin contacto con las cosas, que así —como explicó Vico— perjudica el ingenio, rebaja la fantasía y destruye el entendimiento, y que al razonar *more geometrico*, deductivamente, mediante “largas cadenas de razonamientos” que arrancan del *cogito ergo sum*, se olvida de que éste sólo expresa *conciencia* pero no *ciencia* de las causas del pensamiento ni del modo como éste se forma; es decir, no prueba ni puede probar el conocimiento verdadero de ese pretendido *primum verum*, a cambio del cual prescinde de todo lo *verosímil* y desecha el *sentido común*;

— de otra parte, la *res extensa*, la naturaleza reducida a mero objeto de cálculo y de manipulación, sólo integrada por las cosas materiales entre las que son incluidas las sociedades humanas y, también, parcialmente, los hombres en tanto no somos pensamiento operativamente determinante; y, además, mutilada de todo lo *cualitativo*, despojada de sus causas *finales* y *formales* —las *vírgenes estériles incapaces de dar a luz*, como las calificó Bacon—, *sometida el método experimental y operativo*, que —según reconoce hoy el científico Gerhard Frey— emplea algo así como “unas gafas” que únicamente permiten conocer lo que es “matemáticamente expresable”, y cuyo empleo “constituye una decisión normativa, un acto de voluntad, con el cual yo altero el universo”.

He ahí descrito un *idealismo*, operativo pero desencarnado, que se ha despegado del conocimiento pleno de la realidad objetiva, aunque se lanza en picado sobre ella para explotarla y para cambiarla; que se ha despotenciado al prescindir de la *verdad* en busca de lo

*útil* —como recordaba Sciacca—, y así la razón anda “*impazita*”, enloquecida, da lugar a la *intemperancia del espíritu*, de la cual Gabriel de Armas —¡cuánto dolor nos produce no verle aquí físicamente, detrás de esta mesa, no oírle ahora embelesándonos con la verdad, la poesía y la música de su palabra!, aunque, ¡su espíritu sí sigue aquí, viéndonos desde el cielo!; ¡está con nosotros!—, nuestro amigo Gabriel nos dejó escrito, con su pulcra letra, en sus últimas cuartillas, que hoy: “La verdad objetiva y sus valores no son objeto de investigación porque no interesan”: “El orgullo intelectual ha accedido a las más altas cimas de idiotéz y nos está alimentando de falacias”.

Pero la gravedad se acentúa porque ese *racionalismo* dirige un *operacionalismo* cientista, cuantificador. Asumido por el Estado, que es llamado “de razón”, éste se convierte en “un artefacto instrumental”, en “un vasto y complejo mecanismo utilitario”, que trata de “racionalizar” todo, siguiendo un *a priori* tecnológico, que —como ha reconocido Marcuse— es un *a priori* político “en la medida en que la transformación de la naturaleza comporta la del hombre” y porque “las creaciones hechas por el hombre provienen de un conjunto social al que retornan”. Así, según Hegel, todo cuanto el Estado, que asume la Razón, hace real, al imponerlo resulta “racional”; pero de este modo esa “Razón” —como observó nuestro llorado Sciacca— viene a ser —según se dijo de la unidad indiferenciada de Schelling— la “noche negra donde todas las vacas son negras”: “Todo se hunde en la Razón, todo es reabsorbido por ella y todo se pierde en ella”.

No podemos, pues, admitir el *idealismo* filosófico —que las “sociétés de pensée” llevaron a la política—, ni el *racionalismo*, ni la *asunción de la “razón” por el Estado*, que así se hace *totalitario*, con el fin de realizar centralmente su pretendida *racionalización social*, mediante la *tecnocracia* y con la consecuente *masificación* del pueblo, *convertido* —según palabras de Pío XII— “en multitud amorfa”, que “es de por sí inerte”, que “sólo puede ser movida desde fuera” y es “fácil juguete en manos de cualquiera que explote sus instintos y sus pasiones”. Esas masas que —según leemos en *La rebelión de las masas*— “se dejan arrastrar por la más

ligera corriente", sin ninguna resistencia "a los superficiales torbellinos que se forman, en arte o en ideas, o en política, o en los usos sociales", que sufren el *desarraigo* de su destino, "con mucho la enfermedad más maligna que aqueja a las sociedades humanas", en palabras de Simone Weil.

Ese cambio de perspectiva hace del Hombre, en abstracto, el Demiurgo, y del Estado, en concreto, el Leviatán que ocupa el lugar de Dios. En eso consiste la Revolución —filosófica, jurídica, política y social— que se gestó en la subversión que ahora se continúa desde el poder, que trata de derrocar cuanto sea expresión del orden natural y cristiano, en aras de la construcción de un mundo nuevo, antropocéntrico y tecnocráticamente racionalizado.

No es de extrañar, pues, que por boca de Maurice Thorez, los comunistas, afirmándose "discípulos de Marx y Engels, de Lenin y de Stalin", se hayan proclamado "los auténticos herederos y continuadores del pensamiento revolucionario de los materialistas franceses del siglo XVIII, de los grandes enciclopedistas, a su vez hijos espirituales de este otro filósofo francés Descartes ...".

Pero no sólo los comunistas son revolucionarios.

Recordemos las palabras de Albert de Mun, que tantas veces han figurado en la contraportada de *Verbo*: "La revolución es una doctrina que pretende fundar la sociedad en la voluntad del hombre, en lugar de fundarla en la voluntad de Dios". "Se manifiesta por un sistema social, político y económico brotado de los cerebros de los filósofos, sin la inquietud de la tradición y caracterizado por la negación de Dios en la sociedad pública. Es ahí donde está la revolución y donde hace falta atacarla".

Por eso, somos *contrarrevolucionarios*, en tanto la contrarrevolución —como dice el Maistre— "no es una revolución en contrario" sino "lo contrario de la revolución".

"La contrarrevolución es el principio contrario; es la doctrina que hace apoyar la sociedad en la ley cristiana".

"La revolución —escribió Jean Madiran— procede y progresa deshaciendo los *lazos sociales naturales*. La contrarrevolución consiste en tejerlos incansablemente". "Luchar contra la revolución —insiste Michel Creuzet— es hacer lo contrario que la revolución. Es

construir en lugar de destruir. Es seguir humildemente el orden de las cosas, no para encerrarse en un confucionismo sin salida, sino para dotar a los hombres de los marcos más favorables para la expansión de la vida social”.

En el plano de lo más concreto, puede consistir, como ha advertido Michel de Penfentenyo, en “detracer las discusiones, desde las ideologías desencarnadas, al terreno firme de las realidades humanas”, pues mientras el campo en que se mueven aquéllas “es el de las oposiciones dialécticas, propicias a las técnicas subversivas”, el terreno de las realidades humanas “es propicio a las convergencias de intereses y al entendimiento”, pues “las competencias y las responsabilidades se hallan más próximas a esas realidades”.

Es preciso *restaurar el tejido social* formado por “miles de gentes, encargadas de tareas diversas, ocupando cargos desiguales, con deberes diferentes, consistiendo la plena salud social —como nos decía Jean Ousset en el discurso inaugural de nuestra VIII Reunión— “precisamente en esa multiplicidad de funciones y cargos, ya que es mutilar lo real (¡reemplazar las piernas por muletas!), violentar las flexibles disposiciones de esta geografía social para imponer el planismo de una agrupación artificial ...”. Y, en esta restauración, ha de incluirse también la capacidad de todo el cuerpo social, para captar, formular y vivir consuetudinariamente en su correspondiente esfera, un derecho conformado al orden de las cosas.

Si este orden es dinámico, si la sociedad requiere vitalidad propia, su vida jurídica natural ha de adecuarse a las realidades históricas concretas. El orden natural, sin olvidar la luz de sus principios, *ha de captarse a medida que se vive*, adaptado a cada nivel, por los órganos sociales adecuados y a través de sus élites naturales. ¡No hay otro camino!

## II. CUÁL ES NUESTRA TAREA.

Nuestra tarea no es una acción política concreta. Consiste, como la de nuestros maestros y amigos del *Office*, en realizar una labor auxiliar, lo más profunda posible, para la restauración del tejido social y político, en todos sus niveles, desde la misma raíz y base.



a) *Formación de unas élites.*

Es preciso, para ello, comenzar por la formación de unas élites que sean capaces de actuar en aquellos medios más estrechamente entreligados con la naturaleza de las cosas, para reconstruir, a partir de ahí, la sociedad desde sus cimientos naturales y cristianos.

Michel de Penfentenyo, en el último Congreso de Lausanne, recordaba que “nada eficaz, nada duradero, se ha hecho jamás en la historia sin un pequeño número de elementos-motores, sobre todo cuando se trata de hacer frente a una crisis de civilización tan generalizada”.

Recordemos, como ejemplos, la acción de las grandes Ordenes monásticas medievales: Cluny, Citeaux; de las Ordenes de Caballería, “crisoles ardientes de donde salió el pequeño número de hombres que transformaron Europa”. Pensamos en la más próxima cronológicamente y al servicio de la subversión, obra de la francmasonería que en el siglo XVIII formó en sus logias a quienes llegarían a ser los jefes revolucionarios de Europa. Y en la política de Lenin de formación de los cuadros dirigentes de su acción, tal como sin solución de continuidad sigue haciendo el Partido con gran eficacia, en las redes de sus células, en sus escuelas elementales —nacionales e internacionales—.

Añadamos, aún, que si para Lenin la meta consistía en la conquista del Estado, hoy después de Gramsci, cerebro creador del eurocomunismo, el primer objetivo lo constituye la sociedad civil en su ámbito propiamente ideético y cultural. Y así estamos viendo cómo, en Europa Occidental, los marxistas van logrando la conquista de cátedras universitarias y de enseñanza media, la dirección de colegios profesionales, el dominio de medios de difusión cultural, editoriales, revistas, diarios, empresas cinematográficas, radio, televisión ...

*¿Cómo formar esas élites?*

A toda acción le debe preceder la oportuna contemplación, que consiste en “pararse a ver”, como nos explicaba Sciacca, en la apertura de nuestra XI Reunión.

Es precisa —como había dicho Jean Ousset en la clausura del IV Congreso de Lausanne— una formación “doctrinal seria: para tener un justo sentido de lo humano”; para volver a encontrar ... la “significación del hombre”, la “significación del mundo” ... “Lo que responde el hombre cuando se le pregunta qué hace sobre la tierra” ...

“Formación doctrinal seria para ver a lo largo y a lo ancho, en grande ...”.

Sí, ¡formación doctrinal! Precisamente en el número 145-146 de *Verbo*, hemos reproducido un editorial de *Acción Española* del 1 de marzo de 1936, escrita por nuestro amigo y maestro Eugenio Vegas Latapie, y que había sido ya reproducido en la *Antología de Acción Española*, publicada en Burgos en 1937. Este editorial, titulado “La causa del mal”, hoy conserva tanta o más actualidad que cuando fue escrita. Esa *causa del mal*, que Eugenio denunciaba crudamente, sigue existiendo, tal vez acrecentada. Su pluma, en sus párrafos finales, penetra como un bisturí en el mal que llevamos enquistado, mostrándolo con estas palabras:

“El desconocimiento de las verdades políticas y sociales por parte de las clases directoras durante cerca de dos siglos ha sido la causa de que el mal, introducido por los ministros de Carlos III, creciese y se propagase, haciendo estériles todos los esfuerzos en contrario hasta traernos a la angustiosa situación en que nos encontramos. Mientras perdure la incultura política, que hoy continúa reinando, será inútil cuanto se haga para sacarnos del caos actual.

“Sólo en el camino del saber encontrará luz la fe patriótica y política, y así solamente los sacrificios y la sangre que habrán de exigirse darán el fruto saludable que no consiguieron obtener los generosos esfuerzos prodigados en el curso del siglo pasado ...”. (Pocos meses después de publicarse este trabajo se iniciaba en España la cruzada de la liberación).

¡Qué poco podemos añadir, hoy, a estas palabras!

b) *Acción cultural.*

Pero, además, es preciso también que la formación abarque los *métodos de acción cultural*, pues —como seguía explicándonos Ousset— “por preciosa, fundamental e indispensable que sea la formación sería, no basta, no puede bastar. Como no basta ni puede bastar la posesión de una excelente simiente, cuando, por otro lado, nada se realiza para cultivar la finca de la que se espera recoger la cosecha. En efecto, el cultivo de una finca es a la simiente, lo que la buena, la bienhechora, acción cultural puede y debe ser respecto de la formación doctrinal”. Sólo “introduciéndola en el humus de los mediadores naturales, fuera de los cuales nada puede ser duradero ni fecundo, y sólo con una sabia acción cultural se puede conseguir que la semilla doctrinal germine y produzca todos sus frutos”.

Se trata de una “acción capilar”; diversificada y subdividida en múltiples acciones plurales, complementarias, organizadas, en el ámbito de “esos mediadores naturales de la acción política social que son los grupos, las asociaciones, los cuerpos intermedios, los periódicos, las revistas, etc. ...”. Debe ser una “acción educadora”, “estrechamente subordinada a la naturaleza de las cosas”.

“La verdadera potencia social —como este año decía Penfentenyo en el Congreso de Lausanne— radica en la innumerable floración de los cuerpos sociales. Se halla en su encuadre natural: artesanos y campesinos, ingenieros, jefes de empresa, cuadros militares, magistrados ..., gentes todas de lo real, competentes y responsables”.

Nuestra obra es una obra esencialmente *de promoción*; una obra *auxiliar* de asistencia, de información, de concertación, al servicio de los notables de la vida social.

Acción concertadora que incluso debe elevarse hasta alcanzar ámbito nacional, en encuentros y entendimientos entre los notables más calificados para actuar al más alto nivel del destino de la patria.

Pero, lo primero, lo más urgente, lo inmediato es hoy volver a restaurar en el nivel más a ras de tierra de las colectividades locales, de las libertades y de los intereses profesionales, municipales, comarcales y regionales, “un poder con amplia independencia, con fuerza

atractiva y reguladora a la vez, capaz de proteger inseparablemente, de esclarecer, de orientar las reservas populares de fuerzas y de vida social”.

Ese poder existe en estado potencial. Sólo se trata de promover su puesta en acción, de crear las circunstancias que la hagan posible.

Hay que organizar redes de sostén, de protección, de información y de orientación para esos hombres. Debemos ponerlos en contacto y concertarlos ..., ayudarles a mantenerse en su puesto, decidirles a defender su frente familiar, profesional o ciudadano.

Esto, que con palabras muy parecidas decía Michel de Penfentenyo, en Lausanne —en su discurso—, es lo que precisamente, pretendemos hacer, lo que venimos intentando y lo que queremos conseguir ...

Para ello necesitamos la ayuda de todos ... Somos muy pocos y os llamamos a todos para que acudáis activamente a esta tarea, que es la única que puede producir un resultado eficaz y duradero.

Tenemos un rico arsenal para la formación doctrinal y la acción cultural.

Nuestro pequeño grupo de SPBIRO puede ofrecer un tesoro de publicaciones:

— Los libros básicos, traducidos por nosotros mismos, de Jean Ousset: “Para que El reine” o “Los católicos y la Política”, “Fundamentos de la Política”, “El amor humano”, “Patria-Nación-Estado”, “La Acción”; de Michel Creuzet, “Los cuerpos intermedios”; y de los dos, “Las estructuras económicas y sindicales”, o sea “El Trabajo”. Hay que añadir el último libro del llorado profesor Sciacca, “Perspectiva de la Metafísica de Santo Tomás de Aquino” y los volúmenes publicados de las actas de nuestras Reuniones de amigos de la Ciudad Católica: “Contribución al estudio de los cuerpos intermedios”, “Los mitos actuales”, “Poder y Libertad”, “El municipio en la organización de la sociedad”, “Contemplación y Acción”, “Revolución, conservadurismo y tradición”, “Santo Tomás de Aquino, hoy” ..., pronto “La sociedad a la deriva. Raíces de sus errores”.

— Libros para defendernos de las intoxicaciones ideológicas: Frente al marxismo, “El marxismo-leninismo”, y muy pronto “Marxismo y Revolución” del mismo Jean Ousset; “El comunismo frente a Dios”,

de Marcel Clément; "La marxistización de la Teología", de Miguel Poradowski; "Trasvase ideológico inadvertido y diálogo", de Plinio Correa de Oliveira; "Neomarxismo y libertad", de José Antonio G. de Cortázar. Contra el teihardismo, numerosos folletos; ante el freudismo, "Rudolf Allers o el anti-Freud", de Louis Jugnet; frente al socialismo "Hablemos del socialismo", de Vladimiro Lamndorff-Galagane; "El socialismo, ruina y chafallo", de Miguel de Penfentenyo; "El socialismo contra el progreso", de Jean de Saint Chamas; ante los objetores de conciencia, el libro de Gonzalo Muñiz ...

— En defensa de la familia, además del ya citado "El amor humano", tenemos "El proceso legal contra la familia", de Penfentenyo; "Sobre la *Humanae Vitae*", del P. Monsegú; "La socialización de los nacimientos", de Jerónimo Cerdá.

— En tema de economía y empresa, además de "Las estructuras económicas y sindicales", o sea "El Trabajo", tenemos: "Poder y propiedad en la empresa", de Louis Salleron; "La tecnocracia y las libertades" ...

— En agricultura: "Socialismo y Propiedad rural", de Castro Mayer, Proença Sigaud, Plinio Correa de Oliveira y Mendonça Freitas; "El campesinado", "Vida campesina y progreso en el mundo moderno"; "Agricultura, socialismo y socialización", de Paco Gomis; y, recientemente, "De los tópicos a una doctrina del campo", de Gil Moreno de Mora.

— Sobre enseñanza: "La educación de los hombres", "Cultura y revolución", ambos actas de Congresos de Lausanne, "Paulo Freire y la educación liberadora", de Koska Cantero.

— Sobre orden natural: "El Orden natural y el Derecho", "Datos y notas sobre el cambio de estructuras", etc.

Y no olvidemos que la colección completa de VERBO constituye ya una verdadera enciclopedia doctrinal dirigida a la formación cultural conforme al derecho natural y cristiano.

Una labor inmensa, atrayente, maravillosa, nos espera.

*¡Speiro!* ¡sembrar! ...

— unos descubriendo y proporcionando la buena semilla;

— otros preparando y realizando las labores de la siembra, para

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

que aquélla fructifique, aunque sean otros segadores quienes, al fin, la recojan ...

¡Con la ayuda de Dios, de Nuestra Señora Santa María y de Todos los Santos que hoy conmemoramos!

¡Imploramos, con fe y con esperanza!, y ¡pongamos manos a la obra!, con caridad política.

**BREVE SINTESIS DE MORAL SOCIAL, NATURAL  
Y CRISTIANA**

POR

**MIGUEL IBÁÑEZ PEREZ**

- I. DOCTRINA SOCIAL CRISTIANA
- II. PRINCIPIO DE NO CONTRADICCION
- III. LIBERTAD, DIGNIDAD, RESPONSABILIDAD
- IV. PROPIEDAD PRIVADA Y BIEN COMUN
- V. CUERPOS INTERMEDIOS Y PRECEPTO MORAL DE SUBSIDIARIEDAD
- VI. EL ERROR MODERNO